

las tinieblas y el principio del fin de aquel juicio para siempre memorable. A poco rato se distinguió la sombra de los jueces irse deslizando en medio de la oscuridad hasta la urna de bronce colocada frente al tribunal y echar en ella una pedruzuela en señal de absolución, retirándose al mismo paso. Otra urna semejante había á espaldas de los areopagitas destinada para contener los votos adversos, mas entonces su timbre metálico permaneció mudo, pues ninguno se acercó á ella.

Terminado el acto se encendieron gran número de antorchas, y despues de contados por ceremonia el número de pareceres favorables, un arconte proclamó en alta voz á Sófocles investido con los derechos de ciudadano, y digno por su eminente saber de la consideración pública. Sus hijos fueron declarados, como reos de ingratitud, indignos de gozar la herencia paterna y estrañados para siempre del territorio del Atica.

Pronunciada la sentencia ya no fué posible enfrenar á las turbas. Los calumniadores, perseguidos con encarnizamiento, apedreados, cubiertos del lodo que les arrojaban al rostro los que no podían ofenderles de otro modo, hubieran pagado con la vida su infame proceder, á no haber ido á refugiarse en medio de los jueces, que aun escudados por su sagrado carácter tuvieron gran trabajo en poderles salvar. Sófocles en tanto llevado en triunfo, coronado de olivo cual los vencedores de Olimpia, apenas tenia voz sino para interceder en favor de sus hijos desnaturalizados. Acometido por frecuentes desmayos, no hubiera podido sostenerse sin el auxilio de sus compatriotas, que en medio de aclamaciones cada vez mas ruidosas le condujeron al Cerámico, en cuyo cuartel habitaba. La debilidad del anciano crecía por momentos; solo un pequeño instante pareció reanimarse y se le oyó exclamar: — ¡Oh, atenienses; despues de tal satisfaccion solo me resta morir! — Así aconteció en efecto; al llegar á las puertas de su casa, Sófocles había espirado á impulsos del gozo que le causó la ovacion que se le tributaba.

Si la importancia concedida por un literato eminente á los aplausos ganados por su ingenio no es bastante á causarnos estrañeza, veremos en el ejemplo inmediato, á sugeto de bien diferente calidad, cifrar en ellos la dicha de su vida, cual si solo para obtenerlos fuese nacido, por mas que sus circunstancias le hiciesen estrañero en los dominios de Apolo.

Sin embargo de los cuidados incesantes que rodeaban á Dionisio el Antiguo, tirano de Siracusa, para mantenerse aferrado en el poder supremo, á que le hizo ascender su ilustre genio, siempre conservó decidida pasión por la cultura de las letras, acogiendo en la ciudad por él engrandecida, á los mas esclarecidos sabios de Grecia y Jonia, con cuyo trato íntimo gozaba, así como en recompensar su talento y enseñanza con franca mano y generosa largueza. En vano el Africa arrojaba sobre las costas de Sicilia ejércitos de bárbaros mercenarios, dirigidos por los mas expertos generales de la faláz Cartago; allí los aguardaba el déspota siracusano acechando el menor descuido para exterminar las tropas invasoras, si acaso la peste, compañera frecuente de la indisciplina, no llegaba con sus horrores á evitar á los sicilianos el trabajo de combatir á un enemigo, siempre obstinado y renaciente, pero también á cada paso obligado á sancionar su ignominia en tratados solemnes y desventajosos de que por su mal había de ser observador infiel.

Mucho halagaban á Dionisio los triunfos bélicos; mucho, SEGUNDA SERIE. — 1866.

en verdad, el rango y poderío á que elevó su patria, á pesar de los émulos y malcontentos, pero ansiaba mas que cualquier otro renombre, acreditarse de poeta delicado entre los cultos pueblos de la Helade, jueces inapelables en esta para él importante materia; de modo que apenas conseguía robar algun espacio á las atenciones ordinarias, faltábale tiempo para arrimar á un lado la lanza ó despedir á solicitadores importunos, encerrándose en alejada cámara, ó muchas veces aun en el ruidoso pabellon militar, donde á solas con su afición querida pasaba largas horas dejando correr el estilo sobre las enceradas tablillas sin preocuparse de otra cosa que de pensar la opinión que de sus obras formarían los hombres hábiles en la materia con quienes acostumbraba consultarlas. Cierta dia llamó con este fin al célebre Filoseno, elegante versificador ditirámico, natural de Citeres, aunque domiciliado en Siracusa, el que despues de examinar la composición sujeta á su crítica, manifestó al tirano en términos harto duros, que los versos eran detestables. — Yo te haré modificar tu juicio, exclamó Dionisio ardiendo en ira, ó al menos has de aprender á manifestarle con mas cordura: — é inmediatamente mandó le llevasen á trabajar en las canteras. Al dia siguiente dispuso fuese traído á su presencia y le volvió á leer la poesía en cuestion. Oyó Filoseno la lectura con la mayor calma desde el principio hasta su término y preguntado segunda vez su parecer, volvióse á los soldados que le guardaban, diciendo con indiferencia: — Conducidme de nuevo á las canteras. — Halló gracia en el déspota la entereza del sábio y le devolvió al punto con su aprecio la libertad.

Sin cejar el legislador en su propósito de arribar á la cumbre del Parnaso, vemos poco despues á un hermano suyo presentarse comisionado por él en los juegos olímpicos, donde en competencia con los primeros vates de la Grecia, disputó el premio de la poesía lírica. Pudo muy bien el escaso mérito de las obras del poeta dictador, ser causa de su mala fortuna, mas cuando fijamos la atención en que despues de silbadas con menosprecio por los espectadores, se levantó el orador Lisias á reprochar con dureza el que se hubiese admitido á un tirano estrañero en el certámen que únicamente debiera consagrarse á enlazar los pueblos helénicos en una confraternidad general, hemos juzgado que la mezquina pasión de localidad, muy comun entre los antiguos, debió ejercer influjo pernicioso contra el ingenio de Dionisio.

Alentado quizá por esta misma consideración y persuadido de su propio valer, determinó presentar en las grandes fiestas de Baco, que se celebraban en Atenas cada tres años, nada menos que una tragedia. Si obtenia en tan famosa ceremonia la corona que con dificultad ciñeron Tespis, Eurípides y Sófocles ¿qué le importaba el desaire de Olimpia? Resuelto, pues, de nuevo, á comparecer en el noble concurso, franco á todos los ingenios capaces de tanta empresa, despidió á los encargados de su ventura elevando á los cielos fervientes votos por el pronto y feliz regreso á Siracusa del bajel que los conducía. ¡Cuán largos parecieron al tirano los primeros dias siguientes á la conclusion de octubre en que debían estar de vuelta! Apoyado en el antepecho de la azotea mas alta de su palacio, pasaba el tiempo fija la vista en el horizonte, descuidando las atenciones del gobierno y haciendo blanco de sus iras á los muy escasos parciales que se decidían á sacarle de tan perjudicial enagenamiento.

Una mañana, justamente en ocasión que acababa de retirarse de su atalaya acostumbrada, vinieron á decirle que AÑO XXIV, 18.

se descubría una vela hacia el lado del Peloponeso. En oír la nueva y correr al puerto, ansioso de ser el primero en saber las noticias que pudieran traer los navegantes, no tardó mas tiempo que el necesario para confundir las dos acciones en un mismo movimiento, de suerte que aun le fué preciso contener la impaciencia de que se hallaba consumido antes de poder felicitarse por el suspirado espectáculo de la embarcación enviada por él á la capital del Atica. Era la misma, sí; pero engalanada, cual mensajera de próspero suceso, á semejanza de los bajeles atenienses que conducían las diputaciones llamadas *theorias* para representar la república en Delfos durante las fiestas sagradas. Guarnecida de flores de popa á proa, adornada de cintas de varios matices bogaba conducida por jóvenes marineros que remaban al compás de los cantos de Anacreonte y Simónides, mientras otros hacían frecuentes libaciones derramando en las olas copas henchidas del preciado licor del Naxos en honor del hijo divino de Júpiter y Semelé. Llegados á tierra, un coro de agraciadas doncellas ornó las sienes de Dionisio con la corona de yedra concedida al vencedor, y un manco seguido de una cuadrilla de otros varios disfrazados de sátiros, le hacía entrega de un congio de vino nuevo premio también otorgado al preferido en aquella solemnidad.

—¡Salud al ilustre poeta! gritaba la muchedumbre que presenciaba la escena, interesada en la gloria de su dueño, mientras éste decía en alta voz embriagado de júbilo:

—Alégrate, pueblo de Siracusa, porque has de ver reproducidas en tu recinto las fiestas dionisiacas, cuyo resultado tanto celebras, con mas esplendor que lo han sido hasta ahora en parte alguna.

La voluntad del tirano se realizaba completamente al poco tiempo de ser concebida.

Al cabo de dos días pasados en banquetes, iniciaciones y ceremonias, ajenas de mencionarse en este lugar, una solemne procesion, alumbrada por infinito número de luces, pues habia cerrado la noche, salía de la ciudad dirigiéndose á un magnífico, aunque pequeño templo consagrado á Baco, mandado edificar por Dionisio con suma celebridad y gasto de caudales. Marchaban á la cabeza multitud de hombres disfrazados de sátiros, silenos y panes, los unos vestidos con ropajes de púrpura oscura, otros de igual color, aunque de tinte mas claro, llevando en sus manos lámparas doradas y conduciendo en medio de ellas una estatua de dos varas de alta con máscara y atavíos de actor trágico, que sostenía el cuerno de Amaltea. Detrás de esta figura caminaba una mujer hermosísima, ricamente aderezada y de elevada estatura, llevando en una mano una palma y en la otra una corona del árbol llamado *persea*. Seguían las cuatro estaciones, preciosamente engalanadas y cargadas de los frutos propios de cada cual: á continuación era conducido un altar cuadrado en medio de dos pebeteros en que ardían perfumes. Iban en pos algunos sátiros coronados de yedra y vestidos de púrpura, ostentando ricos vasos y copas de oro, á mas de algunos tripodes semejantes al de Delfos, destinados á premiar los diferentes ejercicios que debían verificarse el día inmediato en que se celebraba la fiesta de los *chitres* (1). Los primeros eran para los adolescentes, los otros para los adultos. Veíase después

un enorme carro en el cual habia una gran estatua de barro representando á Baco en aptitud de hacer libaciones con una copa. Estaba el dios cubierto de una larga túnica de tejido trasparente, sobrepuesta de un vestido exterior de púrpura recamado de oro: sobre el carro y delante de Baco se hallaba colocada una crátera de Laconia, un tripode y dos copas llenas de laurel y azafran. Una enramada de pámpanos, yerba y otros follajes de que pendían coronas, guirnaldas, tirso, tambores, cintas, máscaras trágicas, cómicas y satíricas rodeaba la estatua. Sobre el mismo carro iban los sacerdotes y sacerdotisas, los ministros é intérpretes de los misterios, las cuadrillas báquicas de toda clase y las mujeres que llevaban la criba. Venían á continuación las bacantes, con los cabellos sueltos y coronados de serpientes, ramas de tejo ó yedra. Algunas agitaban puñales y las demás culebras ante el carro de Nisa, nodriza de Baco, gran figura de cuatro varas de altura, que levantándose de su asiento por medio de un ingenioso artificio derramaba leche de una copa volviendo á sentarse sin ser tocada por nadie. Su cabeza estaba coronada de yedra y de racimos y en la mano izquierda sostenía un tirso todo cubierto de cintas. Sobre otro carro conducían un lagar lleno del fruto de la vid que pisaban los sátiros entonando al compás de la flauta una canción propia del caso y dirigidos por el viejo Sileno. Pasemos en silencio varias cosas de menos importancia que desfilaron ante la muchedumbre admirada y detengámonos algun tanto á mencionar la carroza de que brotaban dos fuentes, una de leche y otra de vino, rodeada de ninfas que precedían á la representación del triunfo de Baco á su regreso de la conquista de la India. El dios iba sentado sobre un elefante y vestido con una túnica de púrpura; ceñía su cabeza una corona de yedra y calzaba borceguies. Sobre el cuello del elefante estaba montado un pequeño sátiro coronado de ramas de pino: en la mano derecha llevaba un cuerno de cabra, de oro, con el que aparentaba dar una señal. Después de varias doncellas coronadas como el anterior, vestidas de púrpura y ceñidas de una trenza, venían los animales consagrados á Baco; asnos, montados por silenos y sátiros, elefantes, camellos, machos cabrios, búfalos uncidos á carros, mulas arrastrando también carros y montados por mujeres que representaban á las cautivas indias.

Aquí debemos sin concluirle terminar nuestro bosquejo, porque los simulacros y emblemas de impureza que tendríamos que diseñar, son mas para callados que para referidos á la mayor parte de los lectores. Diremos tan solo que terminaba la procesion gran número de músicos, de sátiros, de panes y hombres cubiertos de pieles de gamo, montados sobre asnos y disfrazados de mujeres, que mezclaban sus gritos al sonido de los instrumentos, entregándose á las convulsiones del furor ó á los desórdenes de la embriaguez, ejecutando danzas y llevando vasos en las manos. En medio de tan estraña confusion avanzaban gravemente diferentes coros de doncellas llevando los canastillos sagrados que contenían los símbolos de los misterios, adornadas con sus mejores joyas y con todas las gracias de la juventud y de la modestia.

Aunque la magnífica bacanal ocupó gran parte de la noche, no fué inconveniente para que Dionisio determinase pasar el resto entregado á las delicias de la mesa, afanando llegase el día de mañana, en que después de coronado solemnemente daría remate á su locura con un banquete público, tan sin igual en grandeza, que habia de ser contado por fabuloso entre los que á él no hubiesen asistido.

—¡Esto es vivir! exclamaba el déspota en medio de sus li-

(1) Palabra griega que significa marmita ó caldera. Una de las ceremonias de este día consistía en cocer en una gran caldera yerbas, sientes y granos de todas clases en honor de Baco y de Mercurio.

sonjeros comensales. ¡Escelso en letras y temido en armas! ¿Habeis conocido una dicha que se iguale con la mia?

—El mismo Esculapio, á quien despojastes de su capa de oro, tiene menos derecho que tú á la inmortalidad, contestaba un pedante, afectando al propio tiempo hallarse algun tanto corto de vista, para imitar al tirano hasta en sus imperfecciones.

—¡Gloria á Dionisio el inmortal! repitieron los convidados llenando con sus voces de un extremo á otro de la sala, al mismo paso que alzaban en el aire las copas henchidas de generoso vino.

Únicamente el héroe de la fiesta permaneció sin movimiento. Asustáronse los muy contados que se hallaban en situacion de formar juicio de lo que á su alrededor pasaba, al ver la cárdena palidez y rigida tiesura de miembros del Anfítrion. Fueron á moverle y cayó al suelo desplomado. Entonces, al grito de: ¡El tirano ha muerto! huyeron temerosos de verse comprometidos en aquel mal suceso. Su médico, algo mas despejado, tuvo serenidad para examinar el pulso, consultar los latidos del corazon y convencido al poco rato volvió tambien la espalda formulando la ridicula frase reservada por el gentilismo para tales casos: *Séate la tierra ligera*.

Prosiguiendo nuestra tarea hallamos que, sitiando Diógenes, jefe de los eritreos, á la ciudad de Naxos, habia negado todo trato y condicion á los cercados, reducidos al último extremo y sin esperanza alguna de socorro. La fama de cruel é inexorable que se habia granjeado el general enemigo en sus empresas anteriores, hacia la situacion de los infelices vencidos harto critica y apurada para no someterse sin vacilar á las órdenes de su enemigo, por mas duras que éste las impusiese; mas en vano prosternados humildemente habian sacrificado á sus plantas libertad, patria y bienes, solicitando únicamente la gracia de vivir en la miseria solo para llorar el bien perdido, único alivio en la desventura, tan agradable en ocasiones que ya dijo un poeta:

Que habian las desdichas de buscarse
Tan solo por el gusto de contarse.

Pero cuantas lágrimas y humillaciones pusieron en juego los ciudadanos, venian á dar al través contra la inflexible determinacion de Diógenes, que habia resuelto esterminar hasta el último habitante sobre las ruinas de sus hogares.

Entre aquel pueblo agobiado por el desconsuelo, donde tantos hombres, dias antes impávidos guerreros, temblaban sin encontrar medio alguno de salvacion, se alzó resuelta la jóven Policrites, admirable por su hermosura, animada por un movimiento de valor sobrenatural, y presentándose al caudillo de los eritreos, abogó con tan irresistible elocuencia en nombre de la humanidad y la justicia á favor de sus compatriotas, hizo resaltar con tal viveza á los ojos del irritado vencedor el feo borron con que iba á deslucir su nombre encarnizándose contra gentes abatidas y sin amparo, que se vió forzado agradablemente á empeñar su palabra de levantar el sitio, sin exigir otra ventaja que la promesa de su dulce amistad, y aun dudó si el contrato seria desechado como usurario por la esclarecida doncella.

Fuera imposible describir el arrebató de alegría que se apoderó del pueblo de Naxos cuando Policrites dió cuenta en la plaza pública del buen resultado de su entrevista: los magistrados mas graves se confesaron inferiores á su lado,

las madres levantaban en alto á sus pequeñuelos enseñándoles á bendecir á la bella dama que les habia arrancado del borde del abismo, mientras que la restante plebe no encontraba palabras adecuadas para manifestar á su libertadora el vivo agradecimiento que la sacaba de juicio, pareciéndole aun tibia demostracion el titulo de Madre de la Patria con que la saludaba en su frenético entusiasmo. Ella en tanto agitada, falta de aliento, abandonada del valor ficticio de que nunca se juzgó capaz, sentia destrozársele el corazon á vista de tan marcadas pruebas de afecto. Quiso la infeliz señora evitar aquellas funestas emociones retirándose al hogar doméstico; pero no le fué posible huir de la gloria fatal que dió fin á su vida repentinamente en medio de la multitud cuya existencia habia salvado.

Chilon de Lacedemonia, uno de los siete sábios de Grecia, cayó muerto á los piés de los que le llevaron la noticia de haber sido premiadas sus obras. Sprensipo, filósofo platónico; el pretor Cornelio; Tito Aterio, caballero romano, y otros dos en tiempo de Plinio, murieron de placer en brazos de sus amantes. El feroz Atila encontró su fin en el lecho nupcial la misma noche de sus bodas. Aquel Zeuxis, que supo con su pincel imitar las uvas de una manera tan agradable, que las aves engañadas vinieron á picarlas, haciéndose además admirar por sus cuadros de Venus y de Penelope, despues de haber pintado una vieja la encontró tan natural, que comenzó á reirse con tal fuerza que su alegría no cesó sino con la vida. El poeta Filemon viendo á un burro que se le llegaba á una mesa á comer higos, murió de igual manera, y Filistion por haber permitido le hiciesen cosquillas, espiró de una opresion de bazo. El famoso Pedro Aretino, poeta epigramático y licencioso del siglo XVI, que por sus sátiras contra los grandes fué llamado el *Azote de los principes*, despues de haber sido espulsado sucesivamente de Arezo, su patria, de Perusa y Roma, á causa de la obscenidad de sus poesias, encontró asilo al lado de Juan de Médicis, duque de Milan; pero muerto este soberano, fijó su residencia en Venecia, donde habitaban dos hermanas suyas, dignas de tal parentesco por su desarreglada conducta. Aretino las aplaudia y amaestraba para que sus escesos no creciesen de gracia, y oyendo cierto dia referir el chasco que habian jugado á sus amantes, fué acometido de un impulso de risa tan fuerte, que le hizo caer de espaldas desde una pequeña banquetta en que se hallaba sentado, quedando muerto en el acto, cuando ya contaba una edad muy avanzada, el año 1557. A Leon X le atacó una fiebre tan violenta cuando supo la derrota de Francisco I, á quien aborrecia, que únicamente vivió tres dias despues que le dieron la noticia. Diágoras de Rodas, Clio y Telon, tambien murieron de gozo. El amenísimo Petrarca murió el 18 de julio de 1374 leyendo un libro, en Arcuá, aldea entonces del ducado de Ferrara, de un ataque de apoplejía fulminante.

No son menos dignos de referirse dos lamentables ejemplos ocurridos á un tiempo durante la segunda guerra púnica.

Aleccionado el pueblo romano con las derrotas del Tesino y Trebia, temblaba por la suerte del ejército, que al mando del cónsul Flaminio habia opuesto á los estragos del formidable enemigo que veia dirigirse á sus puertas. En vano la muchedumbre reunida en el Foro, trataba de inquirir algunas noticias capaces de calmar su inquietud, escitada por los últimos correos llegados del teatro de la guerra anunciando la proximidad de un choque con los cartagineses. Por fin, en mal hora vieron al pretor subir á la tribuna de las arengas, y despues de imponer un silencio ya de ante-

mano concedido, pronunciar estas solas palabras: *Ciudadanos, hemos perdido una gran batalla.*

Pronto se conoció toda la estension de la catástrofe. El astuto Anibal encerrando las huestes de la república, por una serie de hábiles movimientos, entre los montes y el lago Trasimeno, había conseguido una completa victoria con muerte del general enemigo y quince mil hombres de su gente: otros diez mil, salvados como por milagro, huían por diversos caminos á refugiarse dentro de Roma. Al saber esta novedad, la poblacion entera corrió al encuentro de los fugitivos, que llegaban desbandados á calmar el susto de las inquietas familias y prepararse al abrigo de los sagrados muros á mas felices empresas. ¡Oh, qué de mujeres ansiosas por averiguar la suerte de las prendas de su cariño, recibieron un triste desengaño! ¡Cuántas doncellas lamentaron su horfandad temprana, cuántas esposas su viudez sin consuelo, cuántas madres sus canas sin apoyo! Una entre todas daba muestras con su ademán desesperado, lo descompuesto del rostro y los gritos con que llenaba el aire, del dolor de su corazón y la flaqueza de su sexo. Habíala dicho que á un hijo suyo, despues de haber peleado como un héroe, se le vió caer sin vida sobre los cadáveres enemigos sacrificados por su mano. La relacion de su gloriosa muerte no ahogó en ella el amor que le tenia, porque su afliccion era muy profunda para calmarse con reflexiones, y su pena cobraba mayor fuerza con los remedios empleados para mitigar su intensidad. Apartóse de allí largo trecho, huyendo de consuelos impertinentes, caminando tan fuera de norte, que ni aun puso atencion en un grupo de jóvenes armados que atravesando los campos venian, del que destacándose uno de los mas gallardos, conmovido sin duda por los ayes de la doliente anciana, llegó en ocasion feliz á prestarla socorro, pues apenas pudo reconocerla corrió á su encuentro gritando:—¡Oh madre, vedme aquí, á vuestro lado.—Al mismo tiempo que detuvo el paso cesó en su llanto la sensible mujer, y conteniendo al mancebo, poniéndole ambas manos en el pecho se puso á considerarle, espantada la vista, los lábios trémulos y mal cerrados, y lanzando su garganta ahogados y fatigosos acentos, mas parecidos al estertor de la muerte que á palabras humanas, recostó su frente en el seno del joven, y estrechándole en un abrazo convulsivo:—¡Hijo mio!—esclamó lanzando un grito desgarrador que estremeció á cuantos le oyeron. El guerrero solo halló un cadáver al tratar de infundir á su madre el aliento que conocia le faltaba, y auxiliado por sus compañeros le dió sepultura en el mismo sitio del encuentro.

Fulvia, matrona de sangre patricia, sabiendo que su hijo vuelve con los demás, despues de haber hecho prodigios de valor atravesando á la cabeza de una legion que mandaba, las líneas enemigas, corre á su encuentro; mas apenas consigue verle, cae por tierra sin vida, de suerte que la seguridad de su dicha fué suficiente á poner término á sus caricias tan pronto como á su existencia.

Leyendo Marco Juvencio Galva, en la isla de Córcega que había sujetado, las cartas que el Senado le mandaba, recibió tanta alegría de ver en ellas que se disponian procesiones públicas en celebridad de sus triunfos, que falleció de improviso queriendo dar gracias á los dioses por su felicidad y victoria. Armonio dió su espíritu tocando una flauta, si hemos de creer á Luciano. Fabio Maximo, Cayo Vulcano, el senador Farges, Bebio Panfilio, Emilio Lépidio y Servilio Pansa, quedaron muertos sin estar amenazados de ninguna enfermedad aparente. Lo mismo sucedió á Terencio Corax escribiendo al Senado; al poeta Pindaro cuando mas tran-

quilo estaba en los juegos públicos, y á un caballero romano del tiempo de Plinio hablando en secreto con el cónsul delante de la estatua de Apolo. De igual manera espiró el médico Cayo Julio; Apio Sanfeyus murió tomando un huevo; Lucio Durio Valla bebiendo vino mezclado con miel, y Manlio Torcuato tomando un arado. Publio Valerio Scapula, Ofidio Hilario el representante y Décimo Sanfeyus exhalaban tan suavemente el aliento vital entre las delicias de un festín en medio de sus amigos, que el sueño, no la muerte, parecia haber cerrado sus ojos, y que mas necesario era trasladarlos al lecho que depositarlos en el sepulcro. La vida faltó á un conde de Foix cuando le daban recado con que lavarse, y Filípides, que fué el primero que alentó á los atenienses, temerosos del resultado de la batalla de Maraton, cayó tambien desfallecido para no levantarse nunca cuando le llevaron la noticia de haber triunfado los griegos.

Las crónicas musulmanas lamentan un caso fatal en que la muerte sustituyó despiadada á los festivos amores, indicando los raros medios de que se valió en daño de su víctima, lo inútil de toda precaucion para evitar el momento supremo. Héla pues, y sea este breve cuadro el último de la galería funesta que vamos indicando á nuestros lectores.

Yezid, noveno califa de la familia de los Omniadas, vivia hácia el año 722 de J. C., dulcemente aprisionado por los encantos naturales de su esclava la hermosa Hababah. Y á fé que tenia bien empleado su cariño, pues á mas de bella cual ninguna, era la odalisca apasionada por el soberano hasta el punto de requerirle celosa si acaso en él se figuraba algun desvío. Achaque rarísimo entre las mujeres orientales, acostumbradas á compartir los favores de un señor grosero y material con cuantas compañeras crea conveniente darles; de modo que á no venir la ignorancia en su ayuda, pudieran lamentar su mala fortuna diciendo con mas razon que la Moza de cántaro de Lope de Vega;

Cantarillo, cantarillo,
Vamos teniendo paciencia,
Pues la fuente no se apura
Tomemos lo que nos deja.

Sea como fuere, es lo cierto que Hababah, caprichosa como niña consentida, estaba en la ocasion que nos hallamos, enojada con el jefe de los creyentes, no sabemos porque disgusto imaginario, y tambien es verdad que sentaba tan á maravilla el enfado á su graciosa persona que, no digo yo un simple musulman era capaz de enloquecer al mirarla, sino el mismo profeta Mahoma hubiera descendido de la yegua Alborack por venir á ser blanco de su dulce cólera renunciando su ascension al sétimo cielo. Asi es que Yezid no pasaba dia sin llegar al aposento de la esclava con grandes precauciones para no ser oido, y cogiéndola de improviso celebrar la sorpresa que suponía debían causarla los apetecidos regalos que siempre llevaba prevenidos; mas ella, que no tenia nada de lerda, veíale venir con el rabo del ojo, y dejándole acercarse á su inmediacion, exageraba luego el susto recibido, obligándole asaz quejumbrosa y doliente, á calmar su fingido sobresalto á fuerza de tiernas solicitudes. Aconteció una vez que habiendo regalado al califa un personaje de los mas autorizados un hermoso racimo de uvas, extraño en aquella estacion y notable en todas por su grandeza, faltóle tiempo para obsequiar con él por su mano á la esquiua hermosura, en la visita cotidiana con que solia olvidar á su lado las amarguras del po-

der supremo. Pero la odalisca, si bien reducida á término de rendirse á partido, aun quiso prolongar la resistencia, con ánimo sin duda de mejorar las condiciones, desairando la fineza bajo pretexto de sospechar no ser la única á quien se hacía.

—Aparta esa fruta, decía lánguidamente á Yezid, incorporándose en el diván y volviendo el rostro; aparta, pues nunca ha sido de mi gusto plato de segunda mesa.

—¡Oh mi linda huri de los ojos garzos! contestó el califa, eres rebelde y bella como una cebra de Etiopía: te juro por la santa Kaaba que solo pensaba en tu regalo al admitir este racimo temprano de las montañas de Bosra, no tan dulce como tus palabras, aunque mas azucarado que los dátiles del Maghreb. Pruébale por amor mio, y sino le encontrases gustoso sufriré la pena que se te antoje imponerme. Repara este grano, afrenta del topacio mas puro; yo mismo quiero ponerle en tu boca, porque de no hacerlo así temo has de arrojarle airada y no podrá cumplirse el contrato propuesto.

Mediante algunas ligeras contestaciones, abrió la jóven con zalameria sus labios purpúreos, entre los que Yezid, temeroso de perder la oportuniad, arrojó apresurado el grano de uva desde la distancia en que se hallaba, mas con fortuna tan escasa, que detenido en la garganta de Hababab empezáronse á notar inmediatamente en su rostro las señales de una violenta asfixia. En vano su amante trató por de pronto de restablecer la respiracion interrumpida, valiéndose para ello de los medios que juzgó á propósito: sofocada, cárdeno el semblante, cuando los médicos acudieron á las voces del monarca, caía la circasiana en un letargo penoso. Todos los auxilios fueron inútiles: la jóven esclava pereció ahogada. El califa desesperado y á punto de volverse loco, no permitió diesen sepultura al cadáver de su amada y pasó mas de ocho dias á solas con aquel objeto querido hasta que la corrupcion le forzó á separarse. A poco tiempo murió tambien jabrumado por la fuerza de su dolor, dejando dispuesto encerrasen su cadáver en el mismo sepulcro de Hababab.

¿Para qué fatigar el ánimo haciendo mas numeroso el catálogo de sucesos infaustos que dejamos apuntados? Fuera inútil acumular hechos si los anteriores no bastasen á probar lo inseguro de la inconstante fortuna. Además, nos sería difícil pasar adelante. Queriendo amenizar esta coleccion con algunos ejemplos pertenecientes á las últimas edades, han sido en balde nuestros afanes, pues la historia moderna registra muy pocos. La causa de semejante silencio será tal vez que la reforma del siglo XVI apagando la fuerza del sentimiento, solo deja lugar á las emociones enfermizas y débiles de una razon viciada que se revuelve en la oscuridad en lugar de tender las alas hasta lo infinito? ¿O bien el linaje humano connaturalizado con la desventura, será impotente á los violentos impulsos de la dicha? Juzgue cada cual segun le dicte su criterio.

DIONISIO CHAULIÉ.

DE LOS MORMONES.

SECTA POLÍTICO-RELIGIOSA DEL NORTE-AMÉRICA.

(Conclusion.)

En este último artículo vamos á hablar de los libros sagrados y doctrinarios de los Mormones y de su constitucion politico-religiosa.

Todos los disidentes desde el tiempo de los apóstoles hasta nuestros dias, cubiertos con la máscara de la hipocresia y de la mentira, se han dado á sí mismos el título magnifico de fervorosos cristianos é intérpretes fieles de las verdades eternas, enseñadas por nuestro Redentor divino. Los cuáqueros y los metodistas, que abundan en el vasto continente del nuevo hemisferio, llevados en alas de su fanatismo, afirman con desfachatez y serenidad, que ellos únicamente profesan la religion del Salvador del mundo, y que ellos son los discípulos santos y puros del Cristo. Pero ni esos herejes (1) ni los muchos que en distintas épocas se han esforzado en propagar sus errores, se han escedido hasta el extremo de crear libros biblicos nuevos, sustituyéndoles á la Sagrada Escritura y á los Evangelios, como lo han hecho los secuaces de José Smith y de sus delirios.

Los libros sagrados de nuestros nuevos sectarios son seis, cuyos nombres consignamos á continuacion, trasladados del inglés al castellano: *Libro de los Mormones, doctrina de los convenantes ó conformistas: Voz celeste, Reflector del Evangelio: Coleccion de todas las revelaciones parciales de José Smith: Libro general de la presidencia de Deseret.* El primero contiene la historia del origen de los Mormones, de sus grandes sufrimientos y de sus virtudes. El segundo se ocupa de la conformidad de todas las doctrinas religiosas y dogmáticas de la secta. El tercero es una coleccion de preceptos y plegarias en alabanza del Señor. El cuarto es una interpretacion estravagante y fantástica de los Evangelios. El quinto y el sexto son una amplia coleccion de los delirios politico-religiosos de José Smith.

En todos estos libros están depositados los artículos de fé de los Mormones; vamos á transcribir los principales. Los nuevos sectarios creen en Dios Padre, en Jesucristo su hijo y en el Espíritu Santo, y dicen que son la verdadera imágen de esta trinidad celeste sobre la tierra el profeta-presidente de su secta y sus dos colegas. Creen en el bautismo y le administran por inmersión, pero bautizan tambien á las almas de sus deudos y amigos muertos antes de las revelaciones misteriosas y divinas, que convirtieron á José Smith en apóstol y profeta. Creen en la resurreccion de los cuerpos, pero dicen que no correrá sangre en sus venas: esta estravagancia provoca la risa por su rareza y originalidad. Creen que todos los Mormones disfrutarán antes del juicio final, durante mil años y bajo el gobierno de Cristo, Señor nuestro, de una segunda vida terrestre. Han conservado tambien las formas del Sacramento eucarístico y le administran bajo las dos especies, pero no creen en la transubstanciacion. En cuanto al matrimonio, sostienen con ahínco que le han dado un gran carácter de santidad, asociando la esposa legitima y propia con otras mujeres, á las que llaman espirituales, porque no hacen mas que *santamente prostituirse á los desenfrenados y lúbricos caprichos de los Mormones, que se distinguen con el nombre magnifico de santos del dia.* Pero sus constituciones permiten únicamente tener serrallos y ostentar un gran lujo de mujeres á sus apóstoles y profetas, á sus obispos y á todos los funcionarios públicos de su teo-democracia, que tienen emolumentos suficientes para mantener á esas nuevas odalisca. En tanto los Mormones á fin de justificar su poligamia, que da á su secta un timbre oriental y todo musulman, tan contrario al pudor del bello sexo y á nuestra civilizacion, dicen que no hacen mas que seguir el ejemplo de los anti-

(1) Esta palabra se deriva del griego y significa disenciente ó separado de las opiniones y creencias comunes.

guos patriarcas; y cierto Orson Hyde, ya jefe de sus apóstoles, después de haber ponderado en uno de sus discursos la perfección y grandeza de las constituciones de su secta, añade con repugnante, calumnioso y blasfemo descaro, que nada tiene de particular la costumbre de las mujeres espirituales, porque también Jesucristo en las bodas de Caná se enlazó en matrimonio con Marta y las dos Marías (1).

Una religión pura y santa, como el catolicismo, da fuerza y viveza al espíritu del hombre, animación á todos sus afectos, grandeza y sublimidad á todos sus pensamientos. Una religión, por el contrario, que no es más, como el mormonismo, que el producto de la impostura, de supuestas y ridículas revelaciones, de profecías inventadas, de éstasis pueriles ó fantásticas, despoetiza y corrompe el corazón en términos, que el hombre se convierte en un ser indefinible, despenándose de error en error, en lastimosas alucinaciones y en estravagancias muy lamentables, que tienden, en mayor ó menor escala, á sacudir hasta en sus cimientos el cuerpo político.

La mujer espiritual de los Mormones, destinada á prostituirse vergonzosamente á su gerarquía eclesiástica, es un absurdo, que no tiene ejemplos en la historia antigua ni en la moderna; y á nuestro entender, no es comparable bajo ningún concepto por su mucha insensatez, como lo afirman algunos escritores, á la mujer libre de los Sansimonianos, ni al sacerdocio conferido por aquellos sectarios al bello sexo, porque ambas cosas tenían por su punto de partida dos principios fundamentales de la sociedad moderna, torcidamente interpretados, á saber: la emancipación de la mujer y las diaconisas, que funcionaron en los primeros siglos de la Iglesia; al paso que la mujer espiritual de los Mormones no tiene base ni fundamentos históricos ó tradicionales. Lo que dice Orson Hyde con respecto á nuestro Redentor divino es una calumnia blasfema, como va consignado arriba; y en cuanto á los antiguos patriarcas, es cierto que dividieron el tálamo con sus concubinas, pero no les ocurrió nunca la idea estraña y peregrina de que cohabitando con ellas las espiritualizaban. Nos parece, sin embargo, muy del caso advertir en esta circunstancia, que muchas europeas se han trasladado á la Nueva California, llevadas del gran deseo de *espiritualizarse*, y que hoy los *dignísimos obispos* y muchos funcionarios públicos de los Mormones tienen en sus harems inglesas, suecas, dinamarquesas y otras *inclitas mujeres* de nuestro continente. Si los Mormones hubiesen establecido como ley fundamental de su Estado la poliandria, que permite al bello sexo poblar su tálamo nupcial con una abundante cosecha de esposos, cual se acostumbra hoy en el Tibet, sería fácil de comprender, que algunas europeas, naturalmente lúbricas, se trasladaran á la California para disfrutar gustosas de un espectáculo cada día mas variado. Pero con la poligamia, que satisface la voluptuosidad de los hombres é impone al bello sexo largos ayunos, no sucede lo propio, por lo que nos parece incomprensible el afán de las muchas mujeres, que han ido á incorporarse á los Mormones para someterse á la estricta observancia de una rigurosa cuaresma. Nosotros, pues, lejos de devanarnos los sesos para indagar los motivos que las hayan inducido á ofrecer sus gracias y encantos á los Mormones, reproducimos primero estos versos de Breton de los Herreros, que vienen muy á pelo:

(1) Este discurso ó mas bien sermón, está inserto en un periódico de los Mormones titulado *El Guarda* (b. Diciembre de 1851).

Gustos y disgustos son
No mas que imaginación. —
Bien, pero hay gustos muy malos;
Gustos que merecen palos.

De gustos no hay nada escrito.

Y luego, dirigiéndonos á todas las mujeres, que podrían tener también el deseo de formar parte de harems ó serralllos, no vacilamos en decirlas franca y resueltamente, que podrán satisfacer su capricho y sus anhelos marchando á las costas de Berbería, á Egipto y á Constantinopla, sin esponerse á los riesgos de una penosa y larga nevegación para trasladarse á la California.

El sistema gubernativo, inaugurado por José Smith, y bien constituido por su sucesor Brigham Young, y escrupulosamente observado por los Mormones, es teo-democrático. Su presidente, que reúne todos los poderes temporales y la jurisdicción eclesiástica, que funciona como apóstol y profeta y como magistrado, publica sus edictos en forma de epístolas apostólicas, y sus decretos en forma de revelación profética. Tiene en el ejercicio de su cargo dos agregados, ó mas bien colegas y consejeros, y somete todas sus revelaciones á la cámara legislativa, la cual no puede alterar ni modificar el texto, no teniendo mas atribuciones que las de darle claridad y precisión, á fin de que puedan todos comprenderlo y ejecutar lo que ha dispuesto su presidente, gran profeta y legislador único. Sus edictos y decretos, redactados por la cámara en estilo legislativo, se trasmiten á todos los funcionarios públicos para aplicarlos á los casos particulares, como artículos del código, en que están depositadas las leyes del Estado.

Los Mormones dan á su Iglesia el título pomposo de UNIVERSAL, persuadidos de que llegará el gran día en que su religión y gobierno absorberán todos los cultos conocidos y por conocer sobre la tierra. Entonces los Santos de los últimos días, esto es, los Mormones, lucharán contra todos los disidentes, y llevarán la palma del triunfo, porque católicos y protestantes, judíos, musulmanes y paganos, conocerán á todas luces la necesidad de reconcentrarse en la sola y verdadera Iglesia bajo los pendones del pontífice romano ó del Antecristo.

Delirios semejantes no merecen refutación ni desprecio, sino lástima; y el papa puesto al lado del Antecristo, casi con el carácter de contrincante, es un absurdo tan chistoso y peregrino, que basta por sí solo á inmortalizar en los anales del mundo á los Marmones pasados, presentes y futuros.

Esos sectarios creen que sus sacerdotes, y principalmente sus apóstoles y profetas, siempre inspirados por el espíritu divino, obran por una fuerza de intuición extraordinaria y prodigiosa. Su locura acerca del particular no se diferencia mucho de los ensueños y delirios de los neoplatónicos de la escuela Alejandrina; los cuales suponían, dando á la humana inteligencia una fuerza fantástica y superior á nuestra naturaleza, que el hombre puede ponerse en comunicación muy directa é inmediata con los espíritus puros. Este mismo delirio profesan hoy, ó fingen profesar, con bastante exageración, muchos magnetizadores, que se presentan siempre al público con sus respectivos sonámbulos, que vaticinan y profetizan en virtud de una segunda visión.

Los Mormones afectan tolerancia y paciencia en los sufrimientos, acendrado amor y caridad hacia sus semejantes, constancia y firmeza en sus creencias. Pero este alarde de magníficas virtudes está muy lejos de causarnos maravilla, porque como nadie ignora, todos los sectarios se ven en la necesidad de practicarlas, instruidos por una larga experiencia de que la dulzura y los modales afables y suaves únicamente, hermanados con la viveza de su fé, pueden granjearles las voluntades y dar alas á la propagación de sus falsas doctrinas, puestas frente á frente de un numeroso tropel de perseguidores y enemigos.

Cuando José Smith comenzó sus predicaciones, dándose por inspirado, apóstol y profeta, dijo que los nuevos creyentes eran los hijos y herederos legítimos del antiguo Israel, y que Dios les había confiado la noble y santa misión de regenerar al mundo. Considerando, pues, á todos los Mormones sus cohermanos, como descendientes de los israelitas primitivos, dió el nombre de Sion á la ciudad de Deseret, capital de los Santos de los últimos días, establecidos en el valle del lago Salé. Acabada de edificar la nueva ciudad, el presidente y gran profeta de los Mormones, Brigham Young, sucesor de Smith, les arengó en lenguaje bíblico, y después de haber dado gracias al Todopoderoso por el refugio que su pueblo de elección había encontrado en los valles y las montañas del nuevo hemisferio, puso término á su discurso en esta forma: «Traed vuestra plata y vuestro oro, y todo lo que pueda hermosear y ennoblecer á Sion; sembrad las semillas de los árboles mas escogidos, de las frutas y del trigo; venid con los productos mas útiles de la tierra y con las máquinas que economizan el trabajo del hombre, pero que no os manche, durante el camino, la corrupción del mundo.»

Las Mormones se esfuerzan con ahinco en propagar y extender los principios de su secta, no solo en América, sino también en Inglaterra, en Noruega, en Suecia y en toda la Alemania; pero sus repetidos esfuerzos no darán mas que resultados raquíticos; y por último, el dedo de Dios borrará del gran mapa del universo la república de los Mormones, porque sus principios, que son una violación perenne de las leyes humanas y divinas, encierran los gérmenes de la mas lastimosa insensatez y de su propia destrucción. Pero el Ente supremo, que permite al hombre, dotado de libre albedrío, la perpetración del mal, ha dispuesto en su eterna sabiduría, que los crímenes y desvarios de nuestra especie produzcan, andando el tiempo, algo de útil y provechoso en beneficio de las generaciones futuras.

El protestantismo, inaugurado por un fraile apóstata y llevado á su último término de impiedad por una multitud de otros herejes, sumió en amarguras y aflicción profunda á todo el orbe católico, y amenazó con torvo ceño la silla del príncipe de los apóstoles, propagando las doctrinas mas disolventes y desoladoras. Pero ese protestantismo, que hoy corre á su agonía; ese protestantismo blasfemo, dió la iniciativa en el orden político á nuevas formas gubernativas muy contrarias al absolutismo. Hé aquí, como la Providencia en sus altos é inescrutables designios, lejos de abandonar en su desventura á la humanidad oprimida, ha hecho nacer del seno mismo del error, instituciones nuevas y muy beneficiosas para los pueblos. Hoy las guerras de religión, que agitaron en el siglo XVI todos los ánimos, no tienen la misma fuerza ni suficiente vigor para sacudir hasta en sus cimientos la gran máquina del Estado. Los Mormones, pues, no pueden producir un cataclismo político en América, y mucho menos en Europa; y su secta condenada á morir,

mas ó menos lentamente, ocupará en la historia venidera un lugar tan solo por haber dado un poderoso impulso al comercio, á la industria y á la población de los estensos parajes bañados por el Océano Pacífico, y por el descubrimiento, debido en gran parte á los Mormones, de los tesoros de la California, cuyas minas de oro se esplotan hoy con mucha actividad.

Los Mormones tienen colegios y escuelas públicas; pero, así en los primeros como en las segundas, sus respectivos maestros y directores cuidan mas bien de la instrucción religiosa que de la literaria de sus alumnos: y si es cierto lo que nos refieren viajeros muy ilustrados y fidedignos, podemos afirmar que el pueblo de Deseret en general, está sumido en el sueño de la mas lamentable ignorancia. Los Mormones no dejan, sin embargo, de tener periódicos políticos y comerciales de algun interés; pero basta recorrerlos fugazmente para conocer desde luego, que es su principal objeto la propaganda religiosa.

SALVADOR COSTANZO.

ARCHIPIELAGO DE LA PEROUSE.

Este nombre recuerda una gran catástrofe. El archipiélago de que se trata no es otro que el grupo de Vanikoro descubierto por el ilustre La Prouse, que pereció en él.

Se compone de muchas islas que están cercadas de un arrecife de corales de cerca de 36,000 millas de circuito, y se le llama también archipiélago de Santa Cruz.

Estas islas, muy pequeñas todas, á escepcion de las de Santa Cruz y Audania, que no tienen, sin embargo, mas que una extensión mediana, se hallan situadas al Sudoeste del archipiélago de Salomon. La gran masa de sus habitantes pertenece á la raza de los negros oceánicos.

Los de la isla de Santa Cruz, pueden considerarse como el pueblo mas civilizado de todos lo que componen esta gran variedad.

La isla Audania ó Santa Cruz escede en extensión á todas las otras. Los españoles al mando de Mendaña intentaron establecer en ella una colonia en 1595; pero la muerte de aquel navegante echó por tierra este proyecto. La barbarie de sus naturales parece haber disminuido un poco. La isla tiene una bahía profundísima y hermosa.

La isla Tinnacoraw ó isla Volcan, es muy pequeña, y no la nombraríamos si no fuera por el volcan que la consume.

El grupo de Vanikoro ó Vanicolo, se compone de dos islas de desiguales dimensiones; la Recherche que es la mayor y Tawal.

Recuérdase con un enternecimiento profundo que el comodoro Billings en sus viajes de circunnavegación entró en las riberas apartadas y desiertas; que visitó el sepulcro de un capitán inglés con esta inscripción que hiere el alma á causa del recuerdo que despierta:

MONUMENTO ERIGIDO EN 1787 POR LA PEROUSE.

«Ilustre y desgraciado navegante, esclama un escritor, recordando este rasgo, ¿quién tributó el mismo deber á tus cenizas? ¿En qué isla, en qué tierra desconocida se encuentran! ¡Cuánto seria agradable para los marinos honrar tus yertos despojos á 3 ó 4,000 leguas de su patria, derramando

lágrimas de ternura por el destino de un hombre, que se arrancó de los brazos de una tierna esposa para intentar nuevos descubrimientos, y se perdió en medio de naciones salvajes! ¿Tu valor no valia cuando menos un epitafio?



Naufragio de La Perouse.

Nuestro infortunado Dumont d'Urville, una de las numerosas víctimas de la catástrofe del camino de hierro de Versailles, tuvo la honra de dar satisfacción á los sentimientos tan elocuentemente expresados por el escritor que acabamos de citar. En su último viaje pudo levantar á los manes de La Perouse y sus compañeros de infortunio un monumento



Monumento erigido por Urbille al célebre navegante, La Perouse.

mento funerario en el mismo sitio en que perecieron, después de haberse cerciorado cuidadosamente de tan trágico acontecimiento por cuantos medios estuvieron á su alcance.

Se encuentra también en el archipiélago de La Perouse la isla de Taboua, que es pequeña y montañosa.

El grupo de La Perouse contiene 50,000 habitantes.